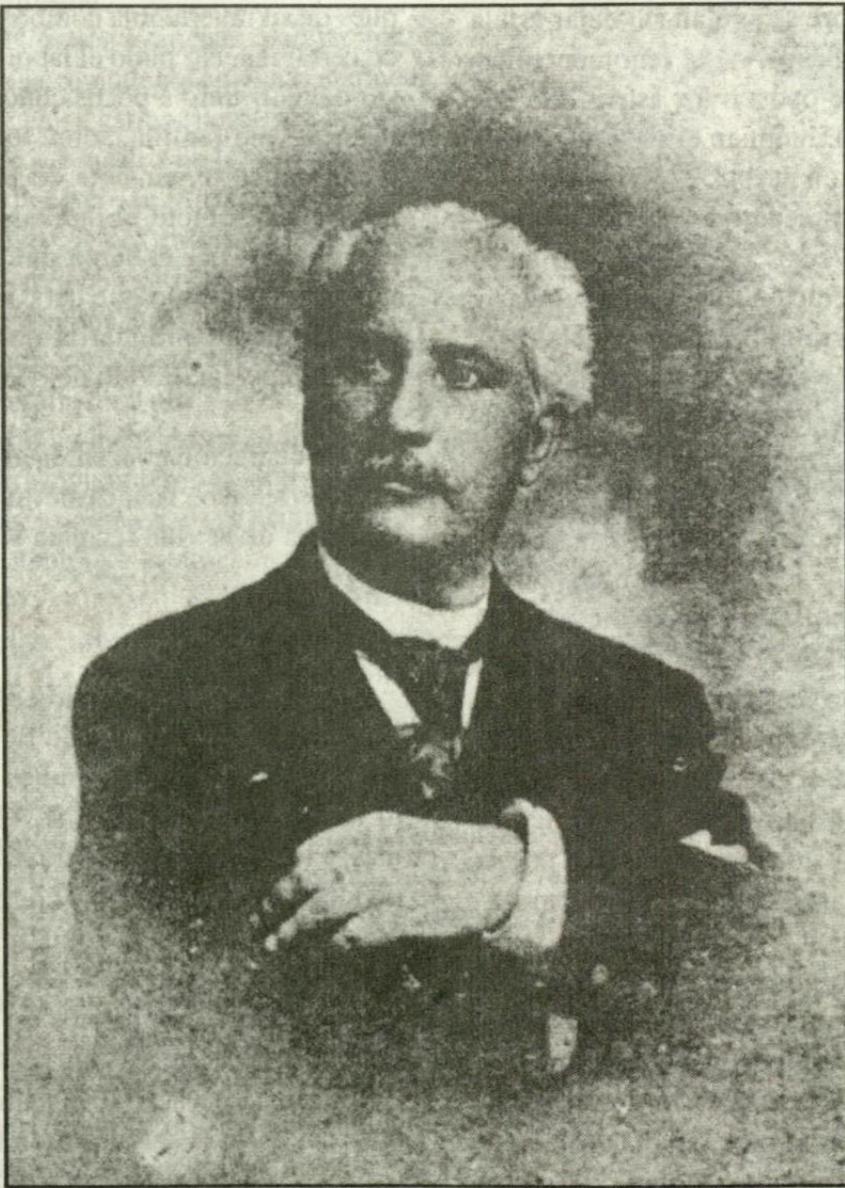


Sección Rescate *

Honores póstumos al maestro José Campabadal¹



* A cargo de Alvaro Quesada Soto, Profesor Escuela Filología, Lingüística y Literatura, U.C.R.

La muerte lleva tras sí la desaparición del individuo, y por la ley de sucesión de ideas, hasta el recuerdo del nombre de aquél que peregrinó en esta vida, tan activa durante la existencia, como fugaz y olvidadiza al traspasar los umbrales de la tumba. Es la vida como ráfaga que ilumina por un segundo el espacio, y su luz más ó menos viva, nos impresiona por el momento para perderse en el cosmos y en los recuerdos de nuestra memoria: otras y otras luces aparecen y siempre se anulan sin dejar estela que marquen su paso. A este fenómeno eterno y constante se oponen los astros que con vivísima claridad iluminan el espacio, dejando tal impresión en nuestros sentidos que jamás se borrará el recuerdo ni la grata sensación que sus diversos colores fijaron en la mente de la generación que los presencia; y a medida que el reloj del tiempo deja atrás personas, hechos y cosas, con intensidad mayor, se recuerdan los fenómenos en la comparación de tenues y fugaces destellos. Así, millones de hombres y generaciones han pasado por el planeta sin dejar rastro de sus pasos: han desaparecido como imperceptible arista levantada por el viento y lanzada a la inmensidad. Nada de ellos queda: el libro de la humanidad, no les dedicó ni una línea. Otros, muy pocos, con titánico esfuerzo lucieron los dones con que la naturaleza les dotó y, a manera de dioses de la antigüedad, brillaron por el valor, por la moral, por la ciencia y por el arte, como sublime emanación divina.

A este último grupo corresponde el que se llamó José Campabadal y Calvet, artista inspirado, compositor fresco y espontáneo, dúctil a todos los géneros; que con sentimiento, trasladaba al pentagrama lo mismo las inocentes composiciones dedicadas a la niñez, que los místicos transportes del canto

llano o los épicos himnos dedicados a las glorias de los pueblos y a celebrar la memoria de sus héroes. Genio artístico que nos abandonó hace pocos meses: su nombre vive en sus obras: desapareció el Maestro, mas su enseñanza y su fecundo trabajo, ilumina a sus numerosos discípulos y sirve de estudio a los verdaderos amantes del divino arte. Costa Rica ha recibido y admirado su inspiración: Barcelona ha reproducido sus trabajos; y Roma, la ciudad del arte, ha premiado después de su muerte una composición en público certamen. No pudo el laborioso artista gozar de un triunfo a pocos concedidos; pero la historia y su familia, sobre todo su hijo Roberto, deben tomar nota de la distinción de que ha sido objeto el inolvidable Campabadal; no tanto por el honor que le alcanza, como por el estímulo que debe azuzar su laboriosidad para continuar la obra del que con su sangre y apellido lo dejó su ciencia e inspiración.

La distinción concedida al sentido Maestro, nos sugiere la idea de hacer una ligera biografía de la vida fecunda y laboriosa de

Don José Campabadal

Nació el 16 de julio de 1849 en Barcelona, (Lérida) del Principado de Cataluña. Niño, aun, comenzó sus estudios musicales bajo la dirección del Rdo. don Francisco Comas, a los quince años se trasladó a Lérida en donde estudió el órgano y contrapunto con el Maestro de aquella catedral, don Magín Pantí, trasladándose después a Barcelona a estudiar armonía y composición, bajo la dirección de don Antonio Rius. Más tarde don José Marraco, maestro de la capilla de la catedral, le confió la dirección de la escuela que tenía a su cargo. Campabadal como profesor sacó muy buenos discípulos, uno de los cua-

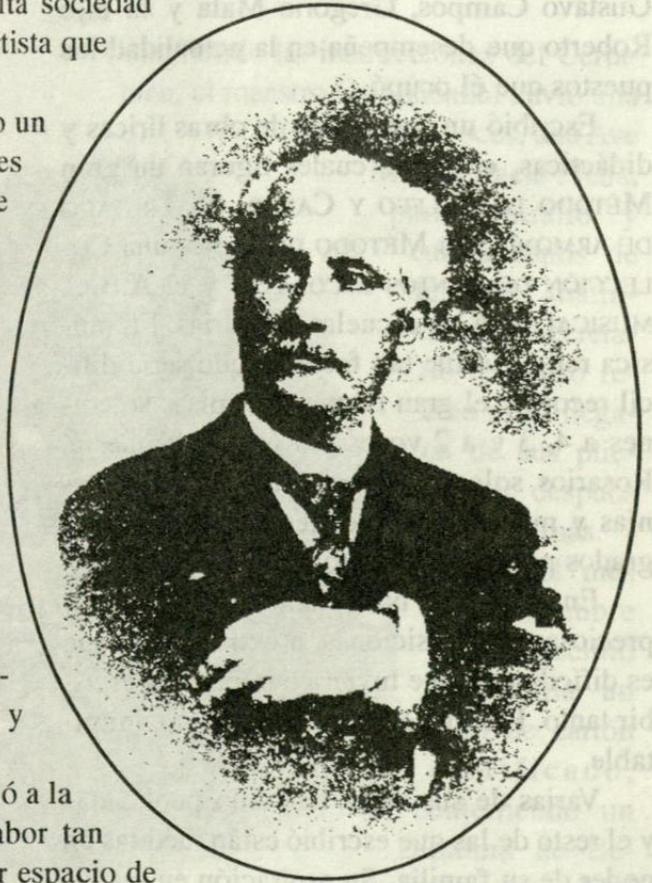
les fue el notable profesor don Eusebio Daniel, que debió a su maestro, el desenvolvimiento de su genio prodigio por el que se hizo admirar en el Conservatorio de Bruselas, en donde obtuvo, entre otras distinciones, el primer premio de órgano y canto llano, siendo, además, nombrado profesor auxiliar de fuga y contrapunto antes de finalizar sus estudios.

Campabadal desempeñó, a satisfacción de todos, la plaza de pianista del "Gran Café de España"; fue a la vez profesor de varios colegios y maestro de señoritas de la alta sociedad barcelonesa. No era el bohemio artista. Era el artista que dignificaba su profesión.

Por el año 1876, don Francisco Peralta hizo un viaje comercial a la capital de Cataluña; entonces vivía en Cartago; en su cartera llevaba la nota de traer un organista y Maestro de Capilla para la Basílica de los Angeles, San Francisco y la parroquia de Cartago; de sus informes y datos recogidos, tuvo empeño en traer en su compañía al profesor Campabadal a quien personalmente respondía de las ofertas que le hiciera. El señor Peralta hizo una valiosa adquisición para la antigua metrópoli y el maestro Campabadal correspondió con el entusiasmo del artista, al medio ambiente que eligió para desarrollar sus naturales condiciones y tener ancho campo, para componer y extender su actividad hasta la clase artesana que fue su amiga y compañera.

Desde 1876 hasta hace siete meses que bajó a la tumba, residió en Cartago dedicado a una labor tan constante como fructuosa: sin interrupción por espacio de 29 años fue Maestro de Capilla de la Basílica de Nuestra Señora de los Angeles, de la Iglesia parroquial y de San Francisco de Asís. Ultimamente desempeñaba el cargo de director de la banda.

Esta variedad de cargos, que requerían tiempo y estudio, parece que debieran absorber por completo la atención, y aun rendir su constitución vigorosa; mas no fue así, cumplía con exactitud su misión y le sobraban muchas horas al día para la enseñanza, para el estudio y para la composición de multitud de obras musicales.



Lleno de entusiasmo por el arte, fundó la "Sociedad Euterpe", la que se componía de cerca de cien socios, despertando el gusto a la música, sobre todo en la clase obrera.

Formó una Escuela de Capilla, en la cual ingresaron muchos jóvenes, algunos de los cuales han hecho honor a su maestro. Recordamos entre ellos a Próspero Meneses, Evaristo Quesada, Pedro Calderón Navarro, Gustavo Campos, Gregorio Mata y su hijo Roberto que desempeña en la actualidad los puestos que él ocupó.

Escribió un sinnúmero de obras líricas y didácticas, entre las cuales figuran un gran MÉTODO DE SOLFEO Y CANTO, un TRATADO DE ARMONÍA, un MÉTODO DE PIANO, una COLECCIÓN DE CANTOS ESCOLARES y el A.B.C. MUSICAL para las escuelas primarias. En música religiosa fue tan fecundo que sería difícil recordar el gran número de misas solemnes a 4, 3 y a 2 voces y a grande orquesta. Rosarios solemnes, avemarías, salves, letanías y muchísimos motetes o villancios sagrados para el Santísimo.

En música de baile, tiene muchas y muy preciosas composiciones, a extremo, de que es difícil creer que tuviera tiempo para escribir tanto. Era un cerebro fecundísimo, inimitable.

Varias de sus obras han sido publicadas y el resto de las que escribió están inéditas en poder de su familia. Su aspiración en los últimos años era trasladarse a Barcelona para darlas a luz.

Respecto del valor artístico de los trabajos de Campabadal, nada diremos por nuestra cuenta, nos consideramos incompetentes; pero copiaremos el retrato que de él hizo "LA MÚSICA ILUSTRADA" de Barcelona, en 1900, que entre otras atinadas observaciones dice:

"Es una figura simpática, de carácter dulce, de corazón bondadoso, y rudo como el

huracán, que acurruca luego su espíritu ante todo lo noble y tierno".

Y si como compositor fue una excepción, no lo era menos como conocedor de los grandes maestros y de la historia, desde su origen, de la música. Conocía el pasado y estaba al tanto y estudiaba las producciones modernas. Sus críticas, publicadas en varios periódicos, dan alta idea de sus muchos conocimientos y del sereno juicio que presidía el fallo, más bien de comparación, que de censura o alabanza.

En su larga carrera *de artista cosechó aplausos y alabanzas de particulares, de la prensa y de corporaciones, bastantes a enorgullecer a otro que no tuviera como él la sublime intuición de lo bello y del arte. Trabajaba por el impulso del genio sin que la vanidad tomara más parte que la de satisfacer el oculto mandato de su cerebro creador, siempre descontento hasta de sus mejores producciones.

Entre los muchos documentos honrosos que deja a su familia, como única y valiosa herencia, figuran una carta autógrafa de doña María Cristiana, madre de Alfonso XIII, dándole las gracias por un Capricho Español que escribió y dedicó al rey de España.

El Gobierno de Costa Rica le confirió un Diploma y una medalla de plata por una Marcha Inaugural dedicada a la primer Exposición que hubo en el país.

El General Kruger le dio las gracias en una carta de su puño y letra por el Himno Boer que le dedicó Campabadal.

Para las Bodas de Oro de León XIII escribió una Aria dramática para bajo, que fue entregada personalmente por el Illmo. señor Thiel, y por lo cual recibió una medalla de oro y una nota del Cardenal Rampolla dándole las gracias de una manera especial.

Campabadal fue un artista adornado con todos los conocimientos que debe reunir un verdadero maestro.

Falleció el 22 de junio de 1905, a los 56 años. A su muerte no quedó persona que le hubiera conocido, que no sintiera profundo pesar por la desaparición de tan ilustre personalidad. Su entierro fue concurridísimo y su familia recibió innumerables manifestaciones de duelo de toda la sociedad.

Nació en España: descansa en el Cementerio de Cartago.

En el lugar del reposo termina la brillante humanidad, quedando anulada la materia y borrado el nombre como si no hubiera existido.

—La vida vulgar y corriente allí se extingue; es una aristocracia arrastrada por el vendaval del olvido. Sólo los héroes y los genios sobreviven en la historia y en la memoria de las generaciones que se suceden como altos modelos de ejemplo y de enseñanza.

En los grandes hombres la muerte es el principio de la vida del espíritu, que invade con sus ideas, todas las edades y países, y libre como el aire, no encuentra diques para ir dejando por los ámbitos del globo la aromática esencia del arte y del saber.

El maestro Campabadal murió; pero su genio está más activo hoy que ayer; sus obras hablan constantemente al artista estudioso, en todas partes a donde han llegado sus inspiraciones.

El mérito de ellas ha quedado confirmado con el fallo imparcial de un alto tribunal artístico de la Ciudad Eterna.

El año 1904 anunció "La Hormiga de Oro" un concurso, patrocinado por su Santidad Pío X, con objeto de adquirir composiciones musicales dedicadas a la Virgen, con motivo del 50° aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción.

Cumpliendo las instrucciones del Certamen, el maestro Campabadal envió una

Salve a tres voces, una Ave María Gracia Plena, para contralto, y cuatro tonos de letanías distintas. El Secretario le acusó recibo de la llegada de sus pliegos, y después no supo más.

En el mes de diciembre último recibió la familia un tubo de cartón certificado, conteniendo un Diploma de Benemérito a José

Campabadal por composiciones musicales.

Consiste el diploma en una elegante impresión en cartulina, con preciosa orla, en la que se encuentran los retratos de los Papas Pío IX, León XIII y Pío X, los escudos del Vaticano y de la Virgen, La Inmaculada y una vista del gran Palacio Lateranense, en donde ha estado la exposición de los trabajos.



El Diploma dice así: "*I Cinquantenario del Dogma della Immacolata. —Círculo Immacolata. —Comissione Esecutiva. —Exposizione Mariana Internazionale. —Nel Palazzo Lateranense. —(1904-1905). —Su proposta della Comissione Giudicatrice si conferisce il Diploma di Benemerenza a José Campabadal per composizione musicali. —Roma 15 de agosto 1905. —Il Presidente della Comissione, Dominico Card. Ferrata. —Il Presidente del Círculo, Antonio Buddi. —Il Secretario della Comissione, Ing. Achille Lunaiz. —Illmo. Sig. Maestro José Campabadal. —Cartago—Costa Rica. —América Central*".

Esta honrosa distinción, acaso, fue discutida en los tristes días en que el inolvida-

ble Maestro sufría en su lecho de muerte, y mientras ésta se cernía a su cabecera, allá en Roma, en el Palacio Lateranense, la Comisión del Certamen, en el gran salón de actos, saboreaba y aplaudía la inspiración y el genio, escribiendo el nombre de Campabadal en el gran libro de los artistas inmortales. Aquí los amigos colocaron cien coronas sobre su tumba, que se marchitaron; en Roma, tejía un tribunal de artistas la corona de laurel imperecedera en el nombre de José Campabadal.

Reciban, su señora viuda e hijos, mi felicitación por la mejor herencia que mi amigo les dejó.

Angel Orozco
15-2-1906



1 Tomado de: Páginas Ilustradas. Año 3, N° 83, 25 de febrero de 1906.